

ACTAS

**II CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA ASOCIACIÓN
HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL**

(Segovia, del 5 al 19 de Octubre de 1987)

II

Editado por:

José Manuel Lucía Megías

Paloma Gracia Alonso

Carmen Martín Daza

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

1992

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

SERVICIO DE PUBLICACIONES

ISBN 84-86981-63-8

DEPÓSITO LEGAL: M-8718-1992

IMPRIME: Imprenta U.A.H.

MISOGINIA MEDIEVAL Y LIBROS DE CABALLERIAS: EL CASO DE DON FLORINDO, UN HEROE DEL DESAMOR

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores es árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma (*Don Quijote*, I, 1)

Del *Don Florindo*, (Zaragoza, 1530), libro de caballerías escrito por el aragonés Fernando Basurto, dio cumplido resumen Pascual de Ganyagos en el estudio introductorio a su edición del *Amadís* y las *Sergas*¹. A él remito a quien quiera obtener una información más completa de su argumento, pues el limitado espacio de que dispongo sólo da para trazar sucintamente las líneas generales de las tres partes en que queda dividida la novela.

En la primera de ellas, el héroe manifiesta su intención de pasar a Italia en busca de la fama, tras haber renunciado a la proposición de matrimonio que sus padres le brindan. Sin embargo, no será Italia, en esta sección, el escenario de sus andanzas, sino las tierras de Arabia. En ellas plantará cara al mismo Mahoma y sus secuaces para defender la religión de la Cruz frente al falso profeta.

La segunda parte discurre ya en tierras de Nápoles y está ocupada por un conflicto sucesorio que afecta a la corona de este reino mediterráneo. La novela disfraza de ficticios acontecimientos históricos relacionados con la Corona de Aragón. El litigio del rey de Nápoles y el duque de Saboya es paralelo al que mantienen don Florindo y su enemigo Alberto Saxio. La solución de ambos pasa por la vía del duelo caballeresco, cuyas formas y rituales son, en realidad, los verdaderos protagonistas de esta parte central.

Por fin, en la tercera, el héroe, modelo de caballero regido por la castidad, libera a su padre de la mansión de la Lujuria en el Castillo Encantado de las Siete

Venturas. Para concluir empresa de tan marcado carácter alegórico, Florindo ha debido erigirse en abanderado de una conducta contraria al culto desmedido a la mujer y el amor, objetos tradicionales de adoración en la literatura caballerescas. El análisis de este desvío ocupará las páginas siguientes.

Y al inicio de las mismas, quiero recordar que en nuestra novela el peso de los apriorismos supedita la trayectoria del héroe a la intención didáctica y moralizante de su autor: el ataque a la secta mahomética y el repaso a los puntos de honor de las dos primeras partes son lo suficientemente elocuentes al respecto.

Parecida motivación convierte al *Don Florindo* en un ejemplario de casos de amor desordenado; su militancia contra los excesos pasionales se refleja en la peculiaridad del protagonista, un héroe del desamor sin heroína a quien servir.

Pero también la estructura de la obra recoge en su división en tres partes el propósito asumido desde el propio título: "En el qual se contienen diferenciados riebtos de carteles y desafíos, juizios de batallas, esperiencias de guerras, fuerzas de amores". En cada una de ellas se dibuja al menos un personaje movido por los designios de la lujuria.

Por otra parte, la situación de ciertos episodios relacionados con la descalificación de los lances amorosos es privilegiada en el esquema narrativo. De esa manera y atendiendo a este criterio, resulta sumamente significativa la colocación del primer caso desdichado, la aventura de Fulgencia y Xorgato, justo en el momento del inicio de la carrera caballerescas de don Florindo. Detengámonos en el episodio:

Nuestro héroe debe recurrir a la huida para alejarse de la casa paterna. Para ello cuenta con el concurso de sus tres amigos y posteriores acompañantes en viajes y aventuras. Cuando Nimpho, Palión y Rubén se disponen a llevar a cabo lo pactado con Florindo,

aperçebidos de sus secretas escalas, vinieron al vergel. E haviéndolas hechado al alto del muro que le çercava, entraron dentro todos tres. Apenas ovieron entrado quando sintieron que había gente en el vergel (IX r.)²

Prevenidos contra la posibilidad de que fuesen guardias puestos por el duque Floriseo para impedir la salida de su hijo, dudan en un primer momento, pero posteriormente se deciden a averiguar la procedencia de las voces:

E yendo aperçebidos de sus espadas y capas fueron a una espesura de laureles donde les pareció que las personas estaban y llegados junto a ella, oyeron dulçes y amorosos besos que en aquella

espesura se davan, con palabras de muger graciosa y razones de varón grossero (id.)

Despejado el peligro, deciden cómo actuar con los enamorados. Gana la postura de implicar a los culpados en el secreto de la partida de Florindo, a cambio de no desvelar sus nombres para que no fuesen expuestos de esa manera a la vergüenza pública. Las impresiones nacidas de la escucha de las palabras de los amantes no tardan en confirmarse una vez que se descubre el secreto de su identidad, pues era "la señora persona de mucho y el enamorado hombre de poco". La fuerza irresistible del amor, ese tópico avalado por infinidad de documentos literarios, es la justificación que Fulgencia encuentra para su caída. Con su imprudencia ha mancillado el recinto por excelencia para los encuentros amorosos, el "hermoso e odorífero vergel" de la tradición, que ya no podrá ser en adelante el refugio del mundo aristocrático, como significaban aquellos versos del más famoso jardín alegórico, el del *Roman de la Rose*:

Hault fut le mur et bien quarrez;
 si en estoit cloz et barrez,
 en lieu de haie, un vergier,
 ou onc n'avoit entré bergier³

Tampoco la razón tendrá ningún ascendiente sobre los instintos naturales en un lugar curiosamente situado en nuestra novela al costado de las caballerizas, en una posición simbólica que parece advertir del peligro que corre el sentimiento puro, al ser acosado por las bajas pasiones. El episodio ilustra cómo el amor es capaz de subvertir el orden estamental en que se basa la estructuración jerarquizada de la sociedad. Es por ello digno de condena desde una postura tradicional. De ahí que el final trágico de esta historia, con la muerte de Xorgato a manos de Fulgencia, sirva al narrador para descalificar a aquellos que se dejan arrastrar por la pendiente del amor mundano. En última instancia, el juicio negativo se decanta hacia la mujer en general, en un proceso muy acostumbrado en el libro y que liga las desventajas del amor y del matrimonio a las males artes del sexo femenino. No puede pensarse en comienzo más aleccionador para un defensor a ultranza de la castidad:

No's maravilléis -dixo Florindo- que ella lo hiziesse así, pues es usança de mugeres tomar lo poco por más secreto y dexar lo mucho por menos público [...] y ellas no quieren otra cosa sino tomar vengança de su apetito donde intervenga mayor secreto (XIr.)

El sustento de tales afirmaciones sufre un desplazamiento hacia una figura masculina presentada en la novela como modelo cabal de hombre dominado por la lujuria. El repaso sesgado que esta primera parte hace de Mahoma integra al profeta musulmán dentro de los casos que ejemplifican los efectos negativos del amor, y le hace funcionar a nivel narrativo como antagonista del héroe en su actitud respecto a este sentimiento. Es el único momento en toda la obra en que se percibe un pequeño eco de la postura profeminista, incluida más como calco de un procedimiento muy querido a finales del siglo XV, los debates entre posturas encontradas, que como expresión sincera de un convencimiento⁴.

Pero si dos son las ilustraciones de las inconsecuencias debidas a la pasión en la primera parte, en la segunda otras dos figuras demuestran con su conducta las complicaciones a que puede dar lugar este tipo de excesos. En realidad, el conflicto que se desarrolla en el tramo central y más abultado de la novela surge de la relación ilegítima entre el rey Fernando de Nápoles y Madama Orensa. De la rama nacida de su unión desciende el duque de Saboya, pretendiente a la corona que detenta en recta sucesión el rey Federico de Nápoles, vástago legítimo del primer matrimonio sancionado por la historia. Toda esta segunda parte parece destinada a demostrar la eficacia del consejo que los senadores romanos dan al duque de Saboya, una vez realizadas las averiguaciones sobre la impertinencia de su aspiración al trono de Nápoles. Los placeres del cuerpo ponen en peligro la integridad del territorio y la tranquilidad de los súbditos, que pueden verse implicados en un guerra dinástica:

... así como los reyes y señores no deven menoscabar las propiedades de los estados, sino a gran necesidad, ni dallos ni repartillos a personas que no los ayan servido con grandes trabajos y en los mayores peligros, y no por servicios de poquedad, emanados del gozo de la carne (LXIX v.)

La idea refleja un lugar común recogido en buena parte de los tratados del buen gobierno. Véase cómo lo formula Rodrigo de Arévalo en la *Suma de Política*:

Lo viiiijo., todo rey o príncipe deve ser temperado en los manjares y en los deleites carnales, assí por el premio y gualardón de la virtud de la temperancia, como porque no sea menospreciado ni menos tenido de los suyos⁵.

Pero, curiosamente, la figura aliada con el duque de Saboya y antagonista de don Florindo a lo largo de toda la novela, Alberto Saxio, actúa de forma

obcecada y continua contra el héroe, envidioso de los favores que la princesa Madama Tiberia, hija de Federico de Nápoles, dispensa a su rival. No se olvide, además, que don Florindo, tras vencer a todos los contrincantes de los torneos, y entre ellos al que será a partir de entonces su enemigo acérrimo, había ganado el precio de la justa, que consistía precisamente en la mano de la princesa.

De nuevo estamos, pues, ante otro ejemplo de cómo la pasión amorosa sume a los que se dejan llevar por ella en una peligrosa espiral que anula la capacidad de decisión del individuo. Semejantes casos observados directamente, y aun sufridos en propia piel, añaden argumentos a la firme decisión de don Florindo de no atarse a ninguna mujer. Ya había rechazado la proposición de casamiento que le ofrecían sus padres en la primera parte; el proceso se repite en esta segunda. La negativa ahora alcanza a la petición del rey Federico de Nápoles que querría ver desposada a su hija Madama Tiberia con el héroe. El rechazo afecta de manera considerable a la estructura narrativa del libro de Basurto. El autor había jugado con varios tópicos muy celebrados en este tipo de obras: un caballero extranjero gana los encuentros que, de una forma u otra, le dan acceso a la mano de la hija del rey que los ha convocado; o bien, ese mismo caballero acude en defensa de un monarca cercado por las tropas del enemigo, le ayuda en sus combates y gana la mano de su hija⁶.

Con ligeras variaciones, o seguidos al pie de la letra, estos esquemas se repiten en multitud de libros de caballerías. Ocurre lo propio en nuestra novela, pero la solución final se aparta del modelo estructural por la toma de partido misógina y contraria al amor de don Florindo, que rechaza, basado en sus lecturas y experiencia, el casamiento con Madama Tiberia.

Con el franqueo de este obstáculo el héroe consigue añadir un mérito más a su carrera de caballero enfrentado a los designios amorosos. Ello le permite el inicio de la tercera y última parte con el único bagaje apropiado para encarar las dificultosas pruebas del Castillo Encantado de las Siete Venturas: la castidad.

En esta sección final dos son también los episodios que desempeñan un papel contrastivo con la conducta del héroe, regida por la continencia. El primero, y más importante, es el referido a su padre, el duque Floriseo, víctima de la tentación en el Yermo Páramo. A él le oímos lamentarse, una vez cometido el pecado:

¡Bendita la castidad que con fuerças es guardada, y bendito el cuerpo que de vicios se desvía, y bendita la vida que al mundo menosprecia, y bendita la voluntad que a su enemigo vence! [...] ¡O gran mal de mí, que offrecí castidad y he cometido luxuria! [...]

¡Bienaventurado aquel que contrasta el desseo de lo que la carne dessea y resiste lo que el mundo ama y se aparta de lo que el diablo quiere! (CXXVIr.)

El segundo corresponde a una intriga secundaria, sin ninguna relación con las dos partes anteriores, convergente con la trama principal ya avanzado el fin de la obra. El héroe, demostrando la dificultad práctica que a un caballero andante se le presenta al intentar mantener una trayectoria fiel al desamor, cae perdidamente enamorado de Clariana. Pero su deber filial y los buenos consejos de sus acompañantes le harán abandonar rápidamente los devaneos amorosos. Es el impulso definitivo para emprender la prueba última en la que, precisamente, liberará al duque Floriseo, su padre, de la mansión de la Lujuria en el Castillo Encantado de las Siete Venturas.

En el diseño de la estructura narrativa, que, como se acaba de ver, tiene buen cuidado en repetir en cada sección de la novela dos casos de amores desafortunados, a esta última parte le corresponde una gradación acusada con respecto a las anteriores. De esa forma la decisión posterior de Florindo toma tintes dramáticos al tener que elegir entre el hechizo de Clariana y el deber de hijo. La postura adoptada sirve para destacar una vez más la futilidad del amor femenino, en boca de su amigo y consejero Artisón:

... el amor del padre es sin fin y el de Clariana jamás tendrá principio, porque si oy te parece que te adora, mañana la verás trocada. Pues no es otra cosa la muger sino la flor del sauco que en cayendo del árbol queda su fruto negro, o la salamandra del horno que los hijos que engendra con el color mata quando son criados, o un animal que camaleón se llama que toma el color de todas las colores sin tener perfecta ninguna (CXXXVIII v.)

Como se habrá podido apreciar, crítica despiadada a la mujer y rechazo del amor son dos temas que en la obra de Basurto caminan a la par. Uno y otro se complementan en el tejido de una red de premisas y conclusiones que emplea los más manidos tópicos de la tradición misógina. La descalificación del sentimiento amoroso, siempre enfocado como el mayor responsable del pecado de lujuria, es puesta por encima de cualquier imperativo, sea narrativo, genérico o de cualquier otra laya.

Dando cuerpo a estos argumentos nos encontramos con toda una serie de temas que forman el cañamazo ideológico antifeminista de la obra: En primer lugar, la oposición amor/armas. La relación con la mujer es entendida como una

guerra de funestas consecuencias para el caballero enamorado. El guerrero corre un riesgo muy alto al abandonarse en brazos de Cupido e iniciar otras lides que pudieran disipar sus energías:

Quánto más que los que van buscando la milicia para conseguir honrra no deven de tomar amores para continuar la guerra (CXXXVII v.)

De nuevo la autoridad de Rodrigo de Arévalo, esta vez apoyada en Vegecio, Suetonio y San Isidoro, recoge el lugar común de tratados militares y obras de doctrina misógina;

Lo segundo: todo capitán o cabdillo deve castigar los deleites y luxurias carnales en los tiempos de la guerra. Ca las mugeres en todo tiempo, y más en la guerra, destruyen las fuerças de los cavalleros, y no solamente las fuerças corporales, mas aun la fortaleza y animosidad de los coraçones, ca los amollenta y faze enfeminados y mugeriles⁷.

Este tipo de razonamiento ha conocido en el mundo literario de las caballerías un largo desarrollo desde el *Erec et Enide* de Chrétien de Troyes. El héroe abandona su deber como caballero y es motejado de *recréant* por sus antiguos compañeros de grupo. Su honor y fama caen inmediatamente en descrédito. Sólo cuando Enide le hace consciente de su oprobio y busca de nuevo el equilibrio entre amor y caballerías es rehabilitada su persona⁸.

En la tradición hispánica se repite un esquema parecido en el *Amadís*, cuando el protagonista, tras la celebración pública de su matrimonio con Oriana, se dedica a seguir el mandato de su amor y deja el cultivo de las hazañas caballerescas⁹. Amadís, sin embargo, intuye rápidamente el peligro que representa la ociosidad para su buena fama como caballero andante y en cuanto se le presenta la ocasión huye de la vida de retiro:

Amadís tornando en sí, conociendo que ya aquello por suyo sin ningún contraste lo tenía, començó acordarse de la vida passada, quánto a su honrra y prez fasta allí auía seguido las cosas de las armas, y cómo estando mucho tiempo en aquella vida se podría escurecer y menoscabar su fama, de manera que era puesto en grandes congoxas, no sabiendo qué fazer de sí (IV, CXXVII, 1244b)

Y aunque don Florindo, en realidad, siga los pasos de otro paradigma de comportamiento, Yvain, héroe que pone por encima del amor los intereses caballerescos, aversión tan pronunciada hacia el amor y la mujer es singular en nuestro protagonista. Coherente con esa toma de partido, su propuesta concreta pasa por recomendar el ejercicio guerrero como antídoto frente a la preocupación amorosa:

... hera cosa más dificultosa seguir la música que las armas, mediante las quales se alcançan las victorias de las guerras que causan los amores (IIII r.)

El tema enlaza con el vituperio de la mujer, asunto que ocupa un lugar central en el blanco a que apunta el didactismo de Basurto en esta obra:

E que si él venía a buscar la guerra, que no era para encontrarse con la de la muger, pues hallava que era la menos honrosa y más peligrosa por las cosas que havia leído en la Persiana Istoria General (CXXXV v.)

Los colores con que se dibuja tan negativamente la mujer beben, ya se ha dicho, en las fuentes de la literatura misógina de todos los tiempos¹⁰. Así, la mujer es *codiciosa*:

el qual [señorío], no le governando con la cobdicia de la muger [...] vendrá en gran confusión, lo que no hará siendo casado. Porque tú por adquirir fama y tu muger por desear bienes tendréis concordia en el estado (V v.)

Desveladora de secretos:

es usança de mugeres tomar lo poco por lo más secreto y dexar lo mucho por menos público.

ellas no quieren otra cosa sino tomar vengança de su apetito donde intervenga mayor secreto (XI r.)

Inferior en inteligencia al hombre, pero superior en ponerla al servicio del mal¹¹:

Y porque para el efecto de la governación convenía maduro seso y juicio de varón, que no era razón dexarle en el de la muger, así

porque no le tenía de sobra como porque las más veces le faltava (XLI r.)

No ay abto en esta vida donde más convenga la sabiduría que es para ser el hombre casado, porque ha de tratar con la muger, que traciende y traspassa con sus saberes todas las cosas (VII r.)

Olvidando las mínimas concesiones a los argumentos feministas de que se ha hablado más arriba, el balance final se inclina de forma abusiva hacia el pensamiento misógino y pone en evidencia que estamos ante un texto más de los que acusan la reacción que en los últimos años del quinientos y primeros de la centuria siguiente se produce contra la idolatría amorosa de la literatura cortés. Si ésta había elevado a la mujer a la categoría de dios, el pensamiento ortodoxo levantará su voz contra la "religión de amor", intentando restituir la jerarquía de valores trastocada por los excesos sacrílegos de los poetas cortesanos¹².

Basurto se une a ese coro con las exposiciones doctrinales vertidas no sólo en excursos del narrador, sino mucho más corrientemente en los parlamentos de los mismos personajes, y de manera singular en los del protagonista de su novela, avalados, además, por su conducta.

La toma de partido ya había sido intentada con éxito en el ámbito de los libros de caballerías por Montalvo, en su refundición del *Amadís*, y con mayor fuerza en las *Sergas de Esplandián*¹³. Pero un ataque tan frontal a la mujer y al amor, sujetos ancilares del género, no eran conocidos en esa palestra genérica hasta el momento de la publicación del *Don Florindo*.

El entramado de correspondencias que permite a Basurto pasar de la descalificación de la mujer a las diatribas contra el amor tiene sus raíces en un pensamiento muy extendido en la Edad Media que ve en la fémica un instrumento del diablo para la perdición del hombre¹⁴. Cuando esta idea se combina con otra de signo contrapuesto, o más bien complementario, que asigna al sexo femenino los atributos del dios Amor, se llega a la conexión que enlaza el pensamiento misógino con los estragos de la pasión amorosa¹⁵. Sin olvidar que para los teólogos, ésta no se distingue de la lujuria y, por lo tanto, es igualmente condenable.

Pero, por otro lado, la experiencia amorosa se relaciona con la enfermedad de la locura, y quizás por ello, el aspecto más resaltado entre los trastornos que se achacan al amor es, precisamente, la alienación a que se ve sometida la persona que ama. Así, Mahoma confesará: "estoi tan perdido de vuestro amor, que no me hallo ser mío" (XXVIII v.). O podremos enterarnos de que para el antepasado de

Federico de Nápoles, "tuvo tan gran fuerça el amor, que ordenó que el rey quisiesse tanto a Madama Orensa que por ella olvidava todas las cosas" (LXVII v.). Y de que el mismo Florindo, tras enamorarse de Clariana, "no se hallava ser suyo" (CXXXVII v.). Esa misma dejación de la voluntad hace concluir que "donde quiera que intervienen fuerças o batallas de amor son dinas las culpas de ser perdonadas" (XXVIII v.).

Por lo demás, los amores "trahen consigo mayor çeguedad" (X r.), hacen gastar inútilmente la hacienda (XI r.), anulan el conocimiento (CXXXIII r.), y por último, como ya se ha visto antes, sumen al individuo en un estado que metafóricamente se conoce como "muerte de amor", -"¿Quién nunca vio dos mugeres dar a su varón la vida, pues sola una basta dar a muchos la muerte?" (XIX v)-, y que no es otra cosa que una patología extrema de la enajenación, susceptible de desembocar, incluso, en la muerte natural, según rezan los tratados teóricos y destacó Keith Whinnom en un prólogo ya famoso¹⁶.

Y, por último, de manera casi natural, aunque intencionada, todos estos puntos de vista negativos sobre la mujer y el amor confluyen necesariamente en los avisos que ponen en guardia al varón frente a la institución matrimonial, pues "se obliga el hombre casado a mudar de condición en todas las cosas, por tratar con cosa tan peligrosa como es la muger" (LXXXI r.).

Siguiendo estos presupuestos, Florindo suplica a sus padres no le exijan casarse, por no ponerle "en tan extremo cuidado, pues es más para memoria de la muerte que para el descanso de la vida" (VII v.), como había demostrado con la exposición de ocho razones contra el matrimonio:

la primera por el defecto de mi edad. La segunda por la falta de mi saber, la te[r]çera por no me captivar. La quarta por no me conoçer. La quinta por mi temor. La sexta por no me perder. La séptima por no me arrepentir. La octava por no me sojuzgar (VII r.)

De antiguo, desde la doctrina de los Padres de la Iglesia, que en muchas ocasiones no hace sino parafrasear o comentar las enseñanzas de San Pablo¹⁷, la polémica entre el matrimonio y la virginidad se había saldado en beneficio de ésta, siempre preferible a la unión conyugal, aunque en ella estuviese comprometida la perpetuación de la especie. Así, San Jerónimo, para quien "qualquiera junta carnal con muger es indecente, aunque sea lícita", avisa que "no puede servir en la milicia del Señor el que es siervo de la muger" y recurre a un ejemplo de la historia bíblica para dejar sentada plásticamente la superioridad del célibe:

No se permitía que en el Sancta Sanctorum entrase cosa de plata, que es de menos valor que el oro. Y lo primero representa la virginidad, y lo segundo las bodas y matrimonios¹⁸

Como ha matizado Vicente Cantarino, autores tradicionalmente considerados como antifeministas, el mismo San Jerónimo, etc., en realidad defienden que "el matrimonio no es un *bien* absoluto en contraste con las dificultades de la vida continente". De ahí que la pintura de la vida matrimonial se realice en sus obras con los tintes más negros: "No es misoginia, -continúa-, sino lógica *ad hominem* y retórica de predicadores de la que se hace gala con frecuencia"¹⁹.

Resulta evidente que nuestro héroe es portavoz de unas posiciones tradicionales que en absoluto corresponden ya a las defendidas por los humanistas de la época en que escribe Basurto. Precisamente, en torno al primer tercio del siglo XVI español, como han resaltado Bataillon, López Estrada y Ferreras, entre otros, se da a la luz toda una serie de opúsculos en defensa de la institución conyugal²⁰. La serie cuenta con el curioso y contradictorio antecedente del *Speculum vitae humanae*, escrito por Rodrigo Sánchez de Arévalo en el año 1468. Su *Espejo* influye muy directamente en el *Sermón en loor del matrimonio*, del humanista Juan de Molina (1528), casi contemporáneo de la traducción de los coloquios de Erasmo en que se vierte una ardorosa defensa del matrimonio: *Uxor Mempsigamos, Colloquium Proci et Puellae y Colloquium Senile*. De la misma pluma habían salido anteriormente el *Encomium matrimonii* (1518) y la *Institutio christiani matrimonii* (1526), dos obras que al parecer no llegaron nunca a traducirse al romance, aunque fueron leídas y comentadas por los erasmistas peninsulares.

La discusión, que se convirtió en núcleo primordial del debate de la Reforma, se trasladó al ámbito seglar por aquellos años y dio pie a la consideración de sus aspectos sociales en obras que no tratan directamente de la exaltación de la unión matrimonial. Como tal aparece en la *Institutio foeminae christianae* de Luis Vives, traducida al romance en 1528, y en el *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés.

Francisco de Osuna, en su *Norte de los estados* (1531), adelanta una defensa de la institución que, como resalta Jaqueline Ferreras, coincide en sus grandes líneas con la doctrina del Concilio de Trento, reunión eclesiástica que dedica buena parte de las sesiones de su último año (1563) a sentar el pensamiento ortodoxo sobre el vínculo conyugal²¹.

Pedro Mexía, en su *Silva de varia lección* (1540), dedica cuatro capítulos al tratamiento del tema; y por fin, Pedro Luján, en 1550, concibe los *Coloquios matrimoniales*.

Todos ellos apuntan a elevar el estado conyugal por encima del estado de virginidad, dando la vuelta a los argumentos tradicionales de la Patrística, como se trasluce en esta curiosa conversación del tercer coloquio de Erasmo entre Pánfilo y María:

M.- Puede ser; mas, en opinión de todos, muy favorable es la virginidad.

P.- Yo confieso que una donzella virgen es una preciosa joya; mas ¿qué monstruo puede ser mayor que una virgen vieja? Si tu madre no oviera perdido aquella flor, no te alabaras tú dessa que tienes. E si, como yo espero, nuestro matrimonio sucede, por una que se pierda se ganarán muchas²²

El matrimonio se convierte en una institución con unas tareas sociales de primer orden: mantener la propagación de la especie y ser el núcleo educacional de los futuros ciudadanos. Pero los autores de estas defensas tampoco olvidan enumerar los beneficios que a nivel del equilibrio psíquico individual se siguen de este tipo de unión. En el fondo, como ha apuntado J. L. Flandrin, se trata de planteamientos que pretenden modificar desde diferentes puntos de vista la opinión ortodoxa dominante y que empujan tímidamente a la doctrina de la Iglesia hacia el lento reconocimiento del amor como base del sacramento matrimonial²³.

Nada de esto se encuentra en las páginas de la obra de Basurto. Su argumentación es justamente la opuesta. Ya se ha visto antes cómo de las ocho razones que Florindo esgrime para justificar su negativa al matrimonio, insiste especialmente en aquellas que contemplan la institución como un recorte de las libertades del individuo²⁴: "por no me captivar", "por no me perder", "por no me sojuzgar". El matrimonio, lejos de contribuir a la estabilidad de la persona, desasosiega y modifica conductas:

... ni mi osar no me convierte a que me case para vivir en afán ni me captive para ser lastimado (VII v.).

... pues ya le era notorio que se obliga el hombre casado a mudar de condición en todas las cosas (LXXXI r.).

Florindo es adalid de un estado de opinión que los nuevos vientos reformistas luchaban por desplazar de la mente moderna. En otros libros de la tradición caballerisca hispánica podemos encontrar pensamientos parejos. La originalidad, y a su vez la falla, de Basurto reside en haber encomendado a su héroe la tarea de defenderla, y no sólo verbalmente, sino de *factu*; como si la práctica de relegar a excursos del narrador estos ribetes ideológicos no le hubiese parecido suficiente. El intento supone una innovación de drásticas consecuencias para la trayectoria del héroe y es un escollo que rebaja su nivel de adhesión a las coordenadas del género. Porque no se trataba de lograr un comportamiento ajustado a la virtud de la castidad, para lo que se contaba con antecedentes de reconocido prestigio dentro de las letras caballerescas²⁵, sino de mostrar desde una postura literaria a la que el amor es consustancial, una indiferencia hacia este sentimiento, teñida las más de las veces de profunda aversión. Por eso el proyecto estaba condenado al fracaso de antemano. La obra se resiente de esa falta de acoplamiento entre las características sustanciales del protagonista de la tradición y una ajena intención moralizante que fuerza el desvío de su trayectoria y la adopción de soluciones extrañas a este tipo de libros.

Alberto del Río Nogueras

NOTAS

1. P. de Gayangos, "Discurso Preliminar", en *Libros de caballerías*, Madrid, Atlas, 1963, pp. XLVIII-L.
2. Doy en lo sucesivo, y entre paréntesis, la paginación de la edición salida de las prensas zaragozanas de Hardouin en 1530, única conocida del libro de Basurto.
3. Empleo la edición de Carlos Alvar de Guillaume de Lorris, *Roman de la Rose. El Libro de la Rosa*, Barcelona, Quaderns Crema, 1985, vv. 467-470. Puede consultarse sobre el jardín de la tradición su jugosa nota al verso 483, en donde se recoge bibliografía al respecto y se da traducida la cita de P.Y. Badel, *Introduction à la vie littéraire du Moyen Age*, Paris, Bordas, 1969, que puede servir para desvelar con precisión la intención simbólica de Basurto al presentarnos un recinto cerrado, sí, pero vulnerable a los peligrosos embates de la inmoralidad: "Le verger c'est donc la nature policée, le refuge du monde aristocratique où il cultive sa morale propre. Les instincts naturels y sont réhabilités sous le contrôle de la mesure et de la raison" (p. 120).
4. Véase la introducción de J. Ornstein a su edición de *La repetición de amores* de Luis de Lucena, Chapel Hill, UNCP, 1954, especialmente las páginas dedicadas al debate feminista, traducidas sin apenas cambios en su artículo "La misoginia y el profeminismo en la literatura castellana", *RFH*, 3 (1941), pp. 219-232.
Sobre este asunto puede consultarse el artículo de M^a J. Lacarra, "Algunos datos para la historia de la misoginia en la Edad Media", en *Studia in honorem Prof. M. de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1987, pp. 339-361, en sus páginas 352-355. A propósito del famoso debate de Torrellas y Brazaida en *La historia de Griselda y Mirabella* ojeese la introducción que precede a esta obra de Juan de Flores en la edición de Pablo Alcázar López y José A. González Núñez, Granada, Editorial Don Quijote, 1983, pp. 36-42. Véase también el estudio clásico de Barbara Matulka, *The Novels of Juan de Flores and their European Diffusion. A Study in Comparative Literature*, N.Y., 1931, reimpresión en Genève, Slatkine Reprints, 1974, pp. 88 y ss.
5. El texto se halla editado por Mario Penna en *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Atlas (BAE CXVI), 1959, I, p. 287.
6. *Vid.* L. Stegano Picchio, "Fortuna iberica di un topos letterario: la corte di Constantinopoli dal Cligés al Palmerín de Oliva", en *Studi sul Palmerín de Oliva, III: Saggi e Ricerche*, Pisa, Università, 1966, pp. 99-136.
7. En Mario Penna, ed. cit., p. 273.
8. Véase el prólogo a la reciente traducción del *Erec y Enid* hecha por Carlos Alvar, Madrid, Siruela, 1987. Puede también consultarse la obra de C. García Gual, *Primeras Novelas Europeas*, Madrid, Itsmo, 1974, pp. 195 y ss.; A. Durán, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 95 y ss. Pero sobre todo, el libro de E. Köhler, *L'aventure chevaleresque*.

Idéal et réalité dans le roman courtois, Paris, Gallimard, 1974, especialmente pp. 160 y ss.

9. Vid. J.M. Cacho Blecua, *Amadís: Heroísmo mítico cortesano*, Madrid, Cupsa, 1979, pp. 327 y ss.

10. Es imprescindible consultar para una puesta al día bibliográfica y un repaso claro de las diferentes corrientes que inciden en la elaboración de los argumentos misóginos de la tradición medieval el artículo de María Jesús Lacarra citado en la nota 4.

11. Parecidos ataques encontramos, por ejemplo, en el *De amore* de Andrea Capellanus: "Tanta enim in muliere avaritia dominatur, quod nunquam credit se contra divinae vel humanae legis statuta venire" (p. 396). "Praeterea nulla novit mulier aliquod occultare secretum" (p. 406). "Nec enim mulier aliqua tam simplex et fatua reperitur, quae propria non noverit tenacitate avida custodire et aliena summa ingenii subtilitate lucrari" (p. 394). Las páginas remiten a la edición de Inés Creixell Vidal-Quadras, Barcelona, Quaderns Crema, 1985.

12. La reacción del pensamiento ortodoxo cristiano ha sido excelentemente estudiada por M. Gerli, "La religión del amor y el antifeminismo en las letras castellanas del siglo XV", *HR*, 49 (1981), pp. 65-86.

13. Puede verse al respecto: S. Gili Gaya, "Las Sergas de Esplandián como crítica de la caballería bretona", *BBMP*, 33 (1947), pp. 103-111; J. Amezcua, "La oposición de Montalvo al mundo del *Amadís de Gaula*", *NRFH*, 2 (1972), pp. 320-337.

El asunto se encuentra más detallado y centrado sobre la cuestión amorosa en la primera parte del libro de A. van Beysterveldt, *Amadís-Esplandián-Calisto. Historia de un linaje adulterado*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1982.

14. Para la imagen que de la mujer se forjó la Edad Media es inexcusable la consulta de Marie Th. d'Alverny, "Comment les théologiens et les philosophes voient la femme", en *La femme dans les civilisations des X-XIII siècles*, Poitiers, Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale, 1977, pp. 105-129.

Sobre la relación diablo-mujer en la iconografía medieval es de utilidad la consulta de Mireille Vincent Cassy, "Péchés de femme à la fin du Moyen Age", en *La condición de la mujer en la Edad Media*, Madrid, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, 1986, pp. 501-517. Recuerda la autora las catedrales de Autun y Vézelay cuando expone: "Le corps féminin est d'ailleurs tellement diabolique que depuis le XIIe siècle la représentation de Satan s'orne de long cheveux de femme, hérissés". En nuestro texto no podía faltar este tributo a la tradición iconográfica. El diablo se aparece en forma de mujer al padre del héroe en el Yermo Páramo (CXXIII v.). Tubach, *Index exemplorum*, Helsinki, Fellow Folklore Communications, 1969, recoge unos sesenta ejemplos de este tipo de representación.

15. El mecanismo que liga la misoginia a las críticas contra el amor está muy bien explicado en A. van Beysterveldt, *La poesía amorosa del siglo XV y el teatro profano de Juan de Encina*, Madrid, Insula, 1972: "Por esta vía se transfiere a la mujer la herencia de todas las propiedades irracionales que se atribuyen al Amor: inconstancia, versatilidad, liviandad, etc." (p. 120).
16. K. Whinnom, "Introducción crítica" a Diego de San Pedro, *Obras Completas, II. Cárcel de Amor*, Madrid, Castalia, 1971, pp. 13 y ss. "Ex amore autem non solum haec praedicta sequuntur, sed ex eo quoque corporis aegritudo procedit", dice Andrés el Capellán en su *Tratado sobre el amor*, ed. ci., p. 390.
17. La comprobación queda manifiesta siguiendo el hilo de la exposición del artículo de M. T. d'Alverny citado en la nota 14.
18. San Jerónimo, "Epístola primera contra Ioviniano herege", en *Epístolas del glorioso doctor de la Yglesia San Jerónimo, repartidas en seis libros para diversos estados, traduzidas en lengua castellana por el Licenciado Francisco López Cuesta*, Madrid, Luis Sánchez, 1613, f. 134.
19. V. Cantarino, "El antifeminismo y sus formas en la literatura medieval castellana", en *Homenaje a D. Agapito Rey*, Bloomington, 1980, p. 102.
20. M. Bataillon, *Erasmus y España*, 2 edición, Madrid, 1979, pp. 286 y ss.; F. López Estrada, "Textos para el estudio de la espiritualidad renacentista: el opúsculo *Sermón en loor del matrimonio* de Juan de Molina (Valencia, por Jorge Costilla, 1528)", *RABM*, LXI (1955), pp. 489-531; J. Ferreras, *Les dialogues espagnols du XVI siècle ou l'expression littéraire d'une nouvelle conscience*, Paris, Didier Érudition, 1985, pp. 581 y ss.
21. J. Ferreras, *ob. cit.*, pp. 583-584.
22. *Colloquios* de Erasmo en M. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, Madrid, Bailly-Baillière, 1915, IV, p. 169.
23. J.-L. Flandrin, "La doctrina cristiana del matrimonio", en *La moral sexual en Occidente*, Barcelona, Juan Granica, 1984, pp. 113-122.
24. En ello coincide con Juvenal, quien en su famosa Sexta sátira dice, en la traducción en verso de D. Francisco Díaz Carmona:

¡Ahora te casas, Póstumo! ¿Qué horrenda
Furia o qué sierpe se anudó a tu pecho?
¡Siervo de una mujer, cuando si quieres
Ahorcarte, cuerdas hay;..."

(*Sátiras de Juvenal y Persio*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1922, p. 80).

25. Piénsese en la figura de Galaad el puro, único caballero del ciclo de la *Vulgata* capaz de terminar la demanda del Santo Grial gracias a su perfecta observancia de la virtud. Véase, entre una bibliografía abundantísima, A. Pauphilet, *Études sur*

la "*Queste del Saint Graal*" *attribuée à Gautier Map*, Paris, H. Champion, 1980 (reimpresión de la primera impresión), pp. 135 y ss; y el libro de Köhler citado en la nota 8.